

## LA ECONOMÍA INDÍGENA DEL ÁMBITO PAMPEANO-PATAGÓNICO, ¿PROBLEMA DE LAS FUENTES O CEGUERA DE LOS HISTORIADORES?

Raúl José Mandrini\*

El estudio de las sociedades indígenas no ha sido, justamente, un tema que haya gozado de la preferencia de los historiadores hispanoamericanos, y una gran parte de los trabajos realizados —especialmente en aquellos países donde la presencia indígena era, y aún es, una realidad viva— carecieron en general de un interés real por la sociedad indígena misma. En muchos casos, la temática indígena fue abordada sólo como telón de fondo del proceso conquistador. Otras veces, las referencias a la sociedad india estaban limitadas a aquellas cuestiones que podían ayudar a explicar problemas de la sociedad hispano-criolla. A menudo, especialmente a partir del proceso independentista, se buscaron en el indio las raíces de las nuevas nacionalidades, exaltando e idealizando el mundo prehispánico, aunque esa idealización poco tenía que ver con la situación real de las comunidades indias. La historiografía creó de este modo un tipo ideal de indio, bueno o malo según las circunstancias, que desplazó de la historia a los pueblos originarios y a sus descendientes reales. La búsqueda de ese indígena real es un producto de las investigaciones llevadas a cabo en las últimas décadas.

La historiografía argentina constituyó, en este aspecto, un caso extremo, pues la presencia indígena en la historia nacional fue reducida a su mínima expresión, cuando no totalmente eliminada. Esta eliminación respondió fundamentalmente, para los fundadores de esa tradición historiográfica a fines del siglo pasado, a la necesidad de “construir” una nación racial y culturalmente homogé-

\* Instituto de Estudios Histórico-Sociales Prof. Juan C. Grosso, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNCPBA), Tandil, Argentina. Correo electrónico: rman@fch.unicen.edu.ar

nea, cuyas raíces debían ser europeas. La historia argentina, particularmente la historia académica de raíz positivista y liberal, fue, por tanto, una historia sin indios. Las pocas referencias al mundo indígena, en particular al pampeano-patagónico, aparecen en el contexto de la historia de la frontera meridional, una historia de carácter épico y militar.<sup>1</sup>

Como ocurrió en general en nuestro continente, en Argentina el estudio de las sociedades indígenas quedó —y me animo a decir que, en general, aún queda— en el campo de la antropología, cuyo desarrollo teórico marcó, en gran medida, los estudios que se realizaron. En efecto, en nuestro caso fueron especialmente los trabajos de etnógrafos y etnólogos vinculados a la llamada Escuela Histórico-Cultural<sup>2</sup> los responsables de la imagen final del indio que se impuso tanto en los medios académicos como en el imaginario colectivo.<sup>3</sup>

En este contexto, la historia económica de ese mundo indígena pampeano-patagónico no fue la excepción, y las pocas ideas que se manejaron sobre el tema provenían, justamente, de las reconstrucciones realizadas por esos etnólogos. Así, la interpretación más difundida de los cambios sufridos por los indígenas de la llanura pampeana y zonas vecinas a partir del contacto con los europeos en el siglo XVI —en muchos aspectos aún vigente—, pone énfasis en la transformación sufrida por esos grupos que, a partir de la adopción del caballo, pasaron de una economía basada en la caza pedestre de fauna autóctona (guanaco, ñandú, ciervo y otras especies menores) a un modelo de caza ecuestre volcada a la captura de especies introducidas por los europeos, especialmente equinos, que se habían asilvado en las pampas (los llamados “cimarrones”) y, cuando estos animales se extinguieron, a robarlos en los establecimientos rurales de la frontera.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Raúl J. Mandrini, “Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX): balance y perspectivas”, *Anuario del IEHS*, núm. 7, 1992, Tandil, pp. 59-73.

<sup>2</sup> Para una crítica de los postulados de esta escuela, véase María T. Boschín y Ana Llamazares, “La Escuela Histórico-Cultural como factor retardatario del desarrollo científico de la arqueología argentina”, *Etnia*, núm. 32, 1984, Olavarría, pp. 101-156.

<sup>3</sup> Lo poco que los argentinos conocen sobre los indios de las pampas se funda justamente en esta imagen, transmitida fundamentalmente a través de los textos escolares. Ese conocimiento aprendido y compartido acerca de los indios se apoya en ideas históricamente producidas y es utilizado, de un modo automático y crédulo, para organizar comportamientos y explicar el comportamiento de otros. Al respecto, un elemento fuerte y persistente en tal conocimiento es la dualidad “Nosotros *versus* Ellos” y, asociada con ella, la convicción de que esos Ellos son significativamente diferentes en muchos aspectos de Nosotros. Esta imagen generalizada insufló tanto el conocimiento académico como el vulgar hasta la década pasada. Pensar en forma clara y crítica sobre los indígenas requiere de una especial disciplina intelectual e ideas técnicas específicas que permitan distinguir las realidades sociales de las imágenes construidas sobre ellas; James A. Clifton, “Alternate identities and cultural frontiers” en James A. Clifton (coord.), *Being and becoming indian. Biographical studies of vorth american frontiers*, The Dorsey Press, Chicago, 1989, pp. 1-2.

<sup>4</sup> Véase, por ejemplo, Salvador Canals Frau, *Poblaciones indígenas de la Argentina. Su origen-su pasado-su presente*, Sudamericana, Buenos Aires, 1953, pp. 177-179 y 186; Ricardo Nardi, “Los mapuche



Pero, en esencia, los indígenas no habrían modificado sustancialmente sus prácticas económicas. Incluso al referirse a la posterior expansión araucana desde allende la cordillera andina, se señalaba como rasgo sobresaliente el abandono del patrón agrícola, característico de las comunidades de la Araucanía, y su remplazo por otro basado en el pastoreo, la recolección, la caza y, fundamentalmente, el pillaje.<sup>5</sup> La adopción del concepto “complejo ecuestre”, elaborado por los antropólogos estadounidenses para explicar los cambios operados entre los indígenas de las grandes llanuras norteamericanas, brindó la base teórica necesaria para tal interpretación.<sup>6</sup> Pero, a la luz de algunos datos referidos a la complejidad de la vida social y política indígena, es necesario plantearse en qué medida tal reconstrucción —que cuaja tan bien con la antinomia “civilización/barbarie”— corresponde a la realidad etnográfica.

Por eso, cuando iniciamos nuestras investigaciones sobre las sociedades indígenas de la región pampeana y sus territorios adyacentes, en los primeros años de la década de 1980, se nos presentó como tarea urgente e imperiosa establecer el carácter, la estructura y el funcionamiento de la economía de esas sociedades.<sup>7</sup> Tal tarea aparecía como un requerimiento previo a cualquier inten-

---

en la Argentina. Esquema etnohistórico” en *Cultura mapuche en la Argentina*, Instituto Nacional de Antropología, Buenos Aires, 1981-1982, pp. 13-14.

<sup>5</sup> El ejemplo de Salvador Canals Frau, cuyas obras tienen una gran difusión, es significativo; véase, por ejemplo, *Poblaciones*, 1953, *op. cit.*, pp. 535-544. Aunque más matizado, el análisis de John Cooper es coincidente, “The Araucanians”, *Handbook of South American Indians*, Smithsonian Institution/Bureau of American Ethnology, Bull. núm. 143, vol. II, 1946, Washington, p. 756. Véanse también, como ejemplos, J. Páez, *La conquista del desierto*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1970, p. 10, y Alfredo J. Montoya, *Cómo evolucionó la ganadería en la época del virreinato. Contribución de Manuel José de Lavardén a su desarrollo y mejoramiento*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1984, p. 40. Aunque con fundamentos distintos, Enrique Sánchez y Juliá, *Sociedad indígena y conquista del desierto. Norpatagonia. Etnohistoria*, Universidad Nacional del Comahue-Centro Región Bariloche, Bariloche, 1976, p. 2, sostuvo también el carácter depredatorio de la economía indígena pampeana. Esta visión se repite incluso en trabajos más recientes. Véase, por ejemplo, María M. Ottonello y Ana M. Lorandi, *Introducción a la arqueología y etnología. Diez mil años de historia argentina*, EUDEBA, Buenos Aires, 1987, p. 123; Carlos Martínez Sarasola, *Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina*, EMECE, Buenos Aires, 1992, p. 132. No faltó, sin embargo, alguna opinión contraria como la de Luis Orquera, quien en su introducción al libro de Ernesto L. Piana, *Toponimia y arqueología del siglo XIX en la Pampa*, EUDEBA, Buenos Aires, 1981, p. LI, destaca la necesidad de modificar nuestra visión del mundo indígena, pero sin ir más allá. Sobre el proceso de “araucanización”, Sara I. Ortelli, “La ‘araucanización’ de las pampas: ¿realidad histórica o construcción de los etnólogos?”, *Anuario del IEHS*, núm. 11, 1996, Tandil, pp. 203-225.

<sup>6</sup> Para una crítica al uso de la categoría de “complejo ecuestre” véase Miguel A. Palermo, “Reflexiones sobre el llamado ‘complejo ecuestre’ en la Argentina”, *RUNA. Archivo para las Ciencias del Hombre*, vol. XVI, 1986, Buenos Aires, pp. 157-178. Aun en el caso de las grandes llanuras y planicies centrales de América del Norte, la aplicación de tal categoría parece, al menos, necesitar una seria revisión.

<sup>7</sup> Nuestro análisis se limitó, geográficamente, al territorio comprendido entre la línea de frontera, al norte y noreste, y la formada por los ríos Negro y Limay al sur. Al oeste, la cordillera lo separaba de la Araucanía chilena, aunque tal separación fue siempre relativa, Martha Bechis R., *Interethnic relations during the period of nation-State formation in Chile and Argentina: From sovereign to ethnic*, University Microfilms Internacional, Ann Arbor, 1984, pp. 53-54; Raúl J. Mandrini, “La sociedad indígena de las

to de definir esas sociedades, determinar su nivel de integración sociocultural y explicar el funcionamiento de sus estructuras políticas.<sup>8</sup>

Pero tal interés debió enfrentar el hecho de que la economía indígena configuraba hasta ese momento un campo de estudio virtualmente inexplorado. Sólo disponíamos de un trabajo dedicado especialmente al tema, una comunicación de Helmut Schindler presentada en el Congreso Internacional de Americanistas de Munich,<sup>9</sup> y la bibliografía elaborada por Meinrado Hux que contiene más de 5 000 entradas —al margen de numerosos y a veces serios errores en las citas— y que ni siquiera incluía el rubro “economía” en su índice temático ni mencionaba el trabajo de Schindler, aunque figuraban rubros parciales que podrían incluirse como economía.<sup>10</sup> Obviamente, teníamos informaciones de interés en trabajos centrados en otros temas, como los de Enrique Sánchez y Juliá, Alberto Rex González y Martha Bechis R.,<sup>11</sup> pero faltaba un estudio más completo de la economía indígena pampeana.

La tarea no aparecía como sencilla y, en buena medida, las primeras dificultades provenían del carácter mismo de las fuentes. Las sociedades indias pampeano-patagónicas eran ágrafas y la investigación arqueológica en la región, para el periodo poshispano, era, y aún es, realmente insuficiente, aunque lo poco realizado hasta ahora muestra ricas posibilidades.<sup>12</sup> Por otro lado, la sociedad

---

pampas en el siglo XIX” en M. Lischetti (comp.), *Antropología*, EUDEBA, Buenos Aires, 1985, pp. 210-211. Cronológicamente nos centramos en el siglo XIX, entre 1820 y 1879 aproximadamente, aunque muy pronto fue necesario remontarnos al menos hasta mediados del siglo anterior, momento en el que comenzábamos a disponer de fuentes significativas.

<sup>8</sup> Se justificaba así nuestro interés inicial por redefinir la economía indígena, de la que poco sabíamos. Los resultados de esos primeros intentos fueron expuestos en 1984, Raúl J. Mandrini, “La base económica de los cacicatos araucanos del actual territorio argentino (siglo XIX)”, VI Jornadas de Historia Económica, octubre de 1984, Vaquerías, Córdoba. Véase también, “¿Sólo de caza y robos vivían los indios? Los cacicatos pampeanos del siglo XIX”, *Siglo XIX. Revista de Historia*, 2a. época, núm. 15, 1994, México, pp. 5-24 (versión modificada y actualizada de esa temprana ponencia).

<sup>9</sup> Helmut Schindler, “Das Wirtschaftsleben der Araukaner der Pampa im 19. Jahrhundert”, *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses. Stuttgart München*, 12, bis 18, agosto 1968, Munich, 1971, t. III, pp. 105-111.

<sup>10</sup> *Guía bibliográfica. El indio en la llanura del Plata*, Archivo Histórico Ricardo Levene, La Plata, 1984.

<sup>11</sup> Sánchez y Juliá, *op. cit.*; Alberto Rex González, “Las exequias de Painé-Guor. El *suttee* entre los araucanos de la llanura”, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. XIII NS, 1979, Buenos Aires, pp. 137-161; Bechis R., *op. cit.*

<sup>12</sup> Véase, por ejemplo, Ernesto L. Piana, “Yacimiento Cerro Los Viejos” en *Toponimia, op. cit.*, pp. 189-235; Patricia Madrid, “Infraestructura indígena para el mantenimiento y traslado de ganado introducido: el caso del sistema serrano de Pillahuincó, provincia de Buenos Aires”, *Boletín del Centro*, núm. 3, 1991, La Plata, pp. 65-71; Diana L. Mazzanti, “Control del ganado caballar a mediados del siglo XVIII en el territorio indio del sector oriental de las serranías de Tandilia” en Raúl Mandrini y Andrea Reguera (coords.), *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*, IEHS/UNCPBA, Tandil, pp. 75-89; Gladys Varela y Ana M. Biset, “El yacimiento arqueológico de Caepe Malal. Un aporte para la comprensión de la historia indígena del noroeste neuquino en el siglo XVIII”, *Boletín del Departamento de Historia. Facultad de Humanidades*, núm. 8, 1987, Neuquén, pp. 130-153; Adán Hajduk y Ana



indígena no produjo documentación escrita, a excepción de alguna correspondencia tardía de los grandes caciques —generalmente escrita por “secretarios” blancos, cautivos o refugiados entre los indios— y dirigida a funcionarios y religiosos.<sup>13</sup> De ese modo, nuestra principal fuente de información es la documentación producida por españoles y criollos —los “huincas” en el lenguaje indio— a partir de las complejas relaciones que se establecieron con la sociedad indígena de la región: crónicas, diarios de viaje, informes de distinto carácter, cartas, partes militares, documentación administrativa, etcétera.

Tal documentación, no muy abundante por cierto, era conocida y había sido utilizada por los historiadores e incluso por los etnólogos. Su valor como fuente es muy desigual y, en general, los textos disponibles ofrecen una visión sesgada, parcial y cargada de prejuicios. En muchos casos, sus autores tuvieron muy poco contacto con los indios y repiten información recogida de terceros; otras veces, sus opiniones están marcadas por las experiencias no siempre gratas que vivieron, como ocurre por lo general con quienes fueron cautivos; en la mayoría de los casos, la imposibilidad o la falta de interés de los testigos para comprender a una sociedad tan distinta, limitan y condicionan desde el comienzo sus informaciones. Tales características de la documentación disponible constituyeron incluso un fuerte argumento usado a veces por algunos historiadores para expresar su escepticismo acerca de las posibilidades de llegar a construir una historia indígena.

Sin embargo, los trabajos llevados a cabo por un grupo de historiadores y antropólogos en los últimos quince años han cuestionado tales imágenes, han sometido a una revisión crítica conceptos y categorías utilizados y han mostrado que las fuentes existían y que, leídas desde otras perspectivas, desde distin-

---

M. Biset, “Principales características del sitio arqueológico ‘Caepe Malal I’ —valle del río Curi Leuvú— departamento de Chos Malal (provincia de Neuquén). Informe preliminar” en María T. Boschín (coord.), *Cuadernos de Investigación: Arqueología y etnohistoria de la Patagonia septentrional*, IEHS/UNCPBA, Tandil, 1991, pp. 6-17; Mónica A. Berón y Laura A. Migale, “Control de recursos y movilidad en el sur pampeano: el sitio Tapera Moreira-provincia de La Pampa”, *Boletín del Centro*, núm. 2, 1991, La Plata, pp. 40-50; Rafael A. Goñi, “Sitios de ocupación indígena tardía en el departamento de Picunches (prov. de Neuquén, Argentina)”, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, núm. 10, 1983-1985, Buenos Aires, pp. 363-386, y “Arqueología de sitios tardíos en el valle del río Malleo, provincia del Neuquén”, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. XVII, NS, 1986-1987, Buenos Aires, pp. 37-66; Leonor Slavsky y Gladys Ceresole, “Los corrales de piedra de Tandil”, *Revista de Antropología*, año III, núm. 4, 1988, Buenos Aires, pp. 43-51. Un trabajo interesante por sus reflexiones es el de Cristina Bayón, “Las sociedades indígenas pampeanas del siglo XIX: Un ejercicio de visibilidad arqueológica”, inédito, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 1996. En los últimos años ha habido un creciente interés de los arqueólogos por lo que llaman “arqueología histórica”, generalmente reducida en nuestra área al estudio de fortines y asentamientos fronterizos. ¿Acaso los restos indígenas no son históricos?

<sup>13</sup> Véanse como ejemplo las cartas que se conservan en el archivo del convento de San Francisco de Río Cuarto, publicadas por Graciela Tamagnini, *Cartas de la frontera. Los documentos del conflicto interétnico*, Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto, Córdoba, 1995.

tos supuestos teóricos y a partir de nuevas preguntas, podían brindar valiosa información sobre el mundo indígena en general y su economía en particular. Las reconstrucciones resultantes comenzaron a mostrar una realidad social mucho más variada, rica y compleja de lo que podríamos haber supuesto a comienzos de la década de 1980.<sup>14</sup> De todos modos, al intentar reconstruir la economía indígena, es necesario tomar en consideración tres aspectos derivados del carácter mismo de las fuentes.

En primer lugar, la documentación disponible es muy dispar en cuanto a su carácter y origen y varía considerablemente en cantidad y calidad según la época, la zona o el grupo estudiado. Para la llanura pampeana, las fuentes son casi inexistentes hasta mediados del siglo XVIII. Luego, serán más numerosas para los territorios occidentales de la misma, muy escasas para las tierras centrales —apenas se dispone de fuentes más o menos útiles para mediados del siglo XIX— y muy significativas para la zona cordillerana, donde se cuenta con importante información proveniente de archivos de Chile y de Mendoza. Para la región patagónica nuestras fuentes se refieren casi exclusivamente al litoral y presentan un importante vacío que va desde fines del siglo XVI hasta mediados del XVIII, cuando comienza a usarse nuevamente la ruta del cabo de Hornos. En cambio, no disponemos casi de información sobre el interior patagónico para la segunda mitad del siglo XIX, si exceptuamos aquella vinculada con la exploración del río Negro en la segunda mitad del siglo XVIII. De este modo, cualquier reconstrucción de la historia indígena será, por fuerza, incompleta.

En segundo término, y en el estado actual del conocimiento, debe descartarse cualquier intento por realizar un análisis cuantitativo de la economía india. La información utilizable es poca, fragmentaria, dispersa y muy poco segura. Los pocos datos confiables están limitados a ciertos lugares y momentos, pero, por ejemplo, ¿cómo podrían generalizarse los valiosos datos que aporta Pedro Andrés García para algunos grupos del sur bonaerense de comienzos de la segunda década del siglo XIX, cuando no poseemos datos similares para otros grupos ni para otros momentos?

Por último, no existe un cuerpo de documentos “económicos”, en el sentido estricto en que solemos entenderlo. La información deberá obtenerse, fundamentalmente, de descripciones y referencias más generales sobre la sociedad indígena, lo que obligará a un cuidadoso proceso analítico. Esto no es sólo un problema de percepción de las fuentes. En realidad, la idea misma de la “eco-

<sup>14</sup> Aunque la ausencia o escasez de fuentes constituyen un límite para el historiador, a menudo el límite más fuerte se encuentra en las herramientas conceptuales que ese historiador maneja, en las preguntas que es capaz de formular a los testimonios —pocos o muchos— que se conservan del pasado. Véase, Moses I. Finley, “Cómo ocurrió realmente” en *Historia antigua. Problemas metodológicos*, Crítica, Barcelona, 1986, pp. 75-103.



nomía” como un sector diferenciado de la realidad social es un producto del pensamiento moderno y de la sociedad capitalista. En las sociedades precapitalistas, por el contrario, la economía y las relaciones económicas se hallan imbricadas y se expresan en el conjunto más amplio de las relaciones sociales y políticas.<sup>15</sup>

Pero, pese a las limitaciones señaladas, el uso de las fuentes disponibles ha permitido en los últimos años comprender los mecanismos básicos que sustentaban la vida material indígena, las actividades económicas fundamentales, su articulación y funcionamiento, los lineamientos básicos de su estructura social, así como la descripción de los cambios que se operaron en esos ámbitos en los casi 300 años transcurridos desde el asentamiento de los europeos en las costas del río de Plata, hasta la incorporación definitiva del territorio indio al Estado nacional argentino a fines de la década de 1870.<sup>16</sup>

A partir de estas consideraciones generales y limitados por la extensión del artículo, intentaremos ver con más detalle el problema de las fuentes referidas a la época colonial, así como la información más específica que ha permitido modificar la visión de los procesos operados en el ámbito de la economía indígena de la región durante esa etapa. Sin embargo, el uso de esta periodización requiere de algunas consideraciones previas. En efecto, las periodizaciones y fechas usualmente empleadas para la historia del mundo hispano-criollo son poco útiles para entender la dinámica del mundo indígena y el carácter de las relaciones entre ambas sociedades. Sin duda, el proceso revolucionario, los cambios económicos operados a partir de entonces, y la formulación de nuevos proyectos sociales y políticos, significaron con el tiempo cambios en las relaciones con el mundo indígena. Pero los efectos de tal cambio se hicieron sentir en este último casi una década después, esto es, entre finales de la década de 1810 y comienzos de la de 1829 y, aun así, las continuidades fueron más que las rupturas.<sup>17</sup>

<sup>15</sup> Véase por ejemplo el clásico trabajo de Karl Polanyi, “La economía como actividad institucionalizada” en Karl Polanyi y otros, *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Labor, Barcelona, 1976, pp. 289-316. También Moses I. Finley, *La economía de la antigüedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, pp. 15-41, y “Aristóteles y el análisis económico” en M. I. Finley (coord.), *Estudios sobre historia antigua*, Akal, Madrid, 1981, pp. 37-64.

<sup>16</sup> Para una visión general de estos procesos, véase Miguel A. Palermo, “La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: génesis y procesos”, *Anuario del IEHS*, núm. 3, 1988, Tandil, pp. 43-90, y “El revés de la trama. Apuntes sobre el papel económico de la mujer en las sociedades indígenas tradicionales del sur argentino”, *Memoria Americana*, Instituto de Ciencias Antropológicas, núm. 3, 1994, Buenos Aires, pp. 63-90; Raúl J. Mandrini, “Las transformaciones de la economía indígena bonaerense (ca. 1600-1820)” en Raúl Mandrini y Andrea Reguera (comps.), *op. cit.*, pp. 45-74; “¿Sólo de caza y robos vivían los indios? ...”, *op. cit.*, y “La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII-XIX)”, *Anuario del IEHS*, núm. 1, 1986, Tandil, pp. 11-43.

<sup>17</sup> Raúl J. Mandrini, “Las fronteras y la sociedad indígena en el ámbito pampeano”, *Anuario del IEHS*, núm. 12, 1997, Tandil, pp. 31-32.

En cambio, el proceso revolucionario iniciado en Buenos Aires en 1810 incidió en el carácter de la documentación sobre el mundo indígena pues la crisis y el colapso del Estado colonial y la virtual desaparición de la administración española provocaron el empobrecimiento y la dispersión de la documentación administrativa. Además, preocupados principalmente los gobiernos revolucionarios por la guerra de independencia y los problemas internos derivados de los primeros conflictos regionales, poco pudieron ocuparse de las cuestiones indígenas. De todos modos, no faltan las fuentes importantes en este periodo, lo que nos permitirá extender nuestro análisis hasta comienzos de la década de 1820.

La situación se profundizó y agravó a partir de 1820, cuando se desplomó, en medio de una profunda crisis política, la ficción de un Estado único, heredero del Estado colonial, mantenida por la elite criolla de Buenos Aires. Hasta la reconstitución del Estado nacional en la década de 1850, las cuestiones indígenas pasaron a ser manejadas por los Estados provinciales surgidos de la crisis, acentuándose la dispersión de la información. Además, las guerras y conflictos interprovinciales, los enfrentamientos políticos y la debilidad de las administraciones provinciales, incidieron en el registro y la preservación de la documentación producida, con diferencias notorias de un lugar a otro. Excepcional es, quizá, el caso de la provincia de Buenos Aires durante el largo periodo en que gobernó Juan Manuel de Rosas (1829-1832 y 1835-1852): la férrea centralización política y administrativa que impuso en la provincia y su obsesiva minuciosidad significaron la acumulación de un significativo fondo documental reunido en la Secretaría de Gobierno y actualmente conservado en el Archivo General de la Nación.<sup>18</sup>

Aclaradas estas cuestiones, volvamos al periodo que ahora nos interesa. Para la región de las llanuras y el territorio de la Patagonia septentrional, que

<sup>18</sup> Archivo General de la Nación (AGN), en Buenos Aires, Argentina, fondo Comandancias de Frontera (sala IX), para un claro ejemplo de lo que puede obtenerse de esta documentación, véase Silvia Ratto, "El 'negocio pacífico de los indios': la frontera bonaerense durante el gobierno de Rosas", *Siglo XIX. Revista de Historia*, núm. 15, 1994, México, pp. 25-47; *Indios amigos e indios aliados. Orígenes del "negocio pacífico" en la provincia de Buenos Aires (1829-1832)*, Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, Buenos Aires, 1994; "Conflictos y armonías en la frontera bonaerense, 1834-1840", *Entre pasados. Revista de Historia*, año VI, núm. 11, 1996, Buenos Aires, pp. 21-34; "¿Finanzas públicas o negocios privados? El sistema de racionamiento del negocio pacífico de indios en la época de Rosas" en Noemí Goldman y Renato Salvatore (coords.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, EUDEBA, Buenos Aires, 1997, pp. 241-247; "La estructura de poder en las tribus amigas de la provincia de Buenos Aires (1830-1850)", *Quinto Sol. Revista de Historia Regional*, Instituto de Historia Regional-Universidad Nacional de La Pampa, año 1, núm. 1, 1997, Santa Rosa, pp. 75-102; "Relaciones interétnicas en el Sur bonaerense, 1810-1830. Indígenas y criollos en la conformación del espacio fronterizo" en Daniel Villar (comp.), *Relaciones interétnicas en Sur bonaerense, 1810-1830*, Departamento de Humanidades (UNS)/Instituto de Estudios Histórico-Sociales (UNICEN), Bahía Blanca, 1998, pp. 19-46.



constituyeron el centro de nuestra investigación, la disponibilidad de fuentes históricas con información útil comienza apenas a mediados del siglo XVIII. Esto no debe llamarnos la atención, ya que Buenos Aires, un asentamiento en los confines del imperio español, se constituyó verdaderamente como sociedad de frontera hacia comienzos del siglo XVIII cuando subieron los Borbones al trono español; las nuevas políticas que se establecieron y los cambios en la situación internacional, la impulsaron a volver su mirada hacia el territorio que se encontraba a sus espaldas.<sup>19</sup>

El primer cuerpo de documentación importante con información de carácter etnográfico se vincula especialmente con el primer intento de actividad misionera en los territorios del sur bonaerense que tuvo lugar entre 1740 y 1753;<sup>20</sup> comprende un conjunto de escritos dejados por misioneros, como Cardiel, Falkner y Sánchez Labrador, además de importante material de archivo vinculado a esta experiencia.<sup>21</sup>

En las décadas que siguieron, esto es, la segunda mitad del siglo XVIII y las primeras dos décadas del XIX, las relaciones hispano-indígenas se intensificaron en forma creciente. La guerra constituyó un aspecto significativo de esas relaciones y fue un resultado de los roces que la mayor proximidad generaba y de la creciente competencia por los recursos ganaderos ante la paulatina extinción del ganado salvaje. Los malones indios organizados por los caciques ante lo que entendían como abusos o agresiones de los cristianos y las campañas de represalia emprendidas por el gobierno colonial se sucedieron, alternando con periodos de relativa paz. Las décadas de 1740-1750 y los primeros años de la de 1780 constituyeron, quizá, los momentos más candentes del conflicto. Pero, al mismo tiempo, el activo comercio entre indios y blancos no parece haberse interrumpido. La afluencia de pequeños grupos de indígenas que llega-

<sup>19</sup> Hasta entonces, Buenos Aires, con pocas demandas a su entorno, había dado la espalda a las vastas llanuras y dirigido sus miradas al Atlántico, a Potosí y al Paraguay. Véase al respecto la tesis de Margarita Gascón, "The southern frontier of the spanish empire, 1598-1740", tesis doctoral, Université d'Ottawa/University of Ottawa, 1994, con énfasis en el siglo XVII, un periodo poco y mal conocido en muchos aspectos. También, "La articulación de Buenos Aires a la frontera sur del imperio español, 1640-1740", *Anuario del IEHS*, núm. 13, 1998, Tandil, pp. 193-212. Resulta entonces fácil entender la mayor disponibilidad de documentos sobre las poblaciones pampeanas en el siglo XVIII, cuando el interés de los hispano-criollos se orienta hacia los territorios meridionales, incrementando sus relaciones y su competencia con los indígenas.

<sup>20</sup> Esta breve experiencia de evangelización de los grupos indios de la región, conocidos como "pampas" y "serranos", a cargo de misioneros jesuitas, coincidió con un momento de intenso conflicto con los indígenas. A diferencia de lo ocurrido en otras áreas, esta experiencia terminó en un rotundo fracaso, sin duda por diversas y complejas causas. Véase Raúl J. Mandrini, "Guerra y paz en la frontera bonaerense durante el siglo XVIII", *Ciencia Hoy*, núm. 23, 1993, Buenos Aires, pp. 26-35; "Fronteras", *op. cit.*, pp. 26-30.

<sup>21</sup> Se incluye un apéndice con las referencias de las principales obras publicadas de los autores mencionados en el texto.

ban a Buenos Aires para comerciar, o la presencia en las tolderías de mercachifles blancos fueron constantes y se incrementaron a lo largo del siglo.

Producto de esta intensificación de las relaciones, la documentación referida a los indios pampeanos se hace más abundante y continua. Resultado tanto de las expediciones y entradas de carácter militar en territorio indio como de la intensificación de las relaciones comerciales y políticas entre Buenos Aires y los grupos pampeanos, fueron un nutrido conjunto de informes, memorias, diarios y cartas, entre los que deben mencionarse los escritos de Juan Antonio Hernández, Pedro Pablo Pabón, Pablo Zizur, Félix de Azara, Francisco Millau, Luis de la Cruz y, ya en la primera década revolucionaria, los de Pedro Andrés García, quizá los informes más valiosos de toda esta primera etapa. Al mismo tiempo, los archivos comienzan a acumular una variada documentación oficial producida principalmente por las guardias y los fuertes fronterizos.<sup>22</sup>

Esta documentación sobre los territorios meridionales se completa, a partir de mediados del siglo XVIII, con aquella otra que resulta de la exploración de la costa patagónica y de los grandes ríos de la región, el Negro y el Colorado, así como con los intentos de establecer asentamientos en ese litoral, que culminaron con la fundación de los fuertes de San Julián, de vida efímera, y del Carmen, la única que sobrevivió. Aunque en la Patagonia misma ese reconocimiento se limitó a las costas, tal documentación, especialmente la vinculada al fuerte y a la colonia del Carmen, arroja significativa información sobre las poblaciones del interior norpatagónico y de la pampa. Deben mencionarse aquí los escritos de los hermanos Antonio y Francisco de Viema y de Basilio Villarino, y la importante documentación producida como resultado de la expedición científica de Alejandro Malaspina, que permaneció algunos días en Puerto Deseado en 1789.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Una muy rica información se encuentra en el AGN en Buenos Aires, Argentina, especialmente en la sala IX, en el Archivo del Cabildo de Buenos Aires y en el fondo documental de la Biblioteca Nacional, también conservados en el AGN. Son importantes las declaraciones tomadas a cautivos, las minutas remitidas por los comandantes de los fuertes a la autoridades sobre el paso de indios hacia Buenos Aires para comerciar, y los diarios de los viajes que, periódicamente, se hacían en busca de sal a las Salinas Grandes, en pleno territorio indio. También hay valiosos materiales en los archivos provinciales de San Luis y Mendoza. Comparativamente, el material del Archivo General de Indias (AGI) (Audiencia de Charcas y Audiencia de Buenos Aires), en Sevilla, es pobre. Sin duda, sólo en ocasiones excepcionales los problemas fronterizos locales interesaban a las autoridades metropolitanas, más preocupadas por otras cuestiones.

<sup>23</sup> La exploración de las costas patagónicas dio lugar además a una rica documentación que se encuentra tanto en el AGN, en Buenos Aires, como en el AGI, en Sevilla, ya que el tema interesaba particularmente a la monarquía, preocupada por las amenazas extranjeras, especialmente inglesas, en la región. Tales amenazas tenían su antecedente más cercano en la presencia de la armada de George Anson en los mares del sur en 1741. En el Archivo del Museo Naval, en Madrid, se encuentra la documentación referente a la expedición Malaspina. Además de los diarios oficiales, es interesante consultar los de Lorenzo Sanfeliú Ortiz, Javier de Viana y Antonio Pineda. Para la región del estrecho de Magallanes hay además interesante información en la *Relación del viaje de la fragata Santa María de la Cabeza*, en los años de 1785 y 1786, escrita por Javier de Vargas Ponce. Una selección de fragmentos con información etnográfica



Sobre la porción occidental del territorio, que corresponde a la precordillera y a la vertiente oriental de la cordillera andina, disponemos también de un conjunto variado de fuentes, provenientes en general del Reino de Chile. A la información de los relatos tempranos vinculados a la conquista (siglo XVI), como los de Gerónimo de Vivar y Pedro Mariño de Lovera, y a la posterior entrada de Jerónimo Luis de Cabrera desde Córdoba,<sup>24</sup> se sumó más tarde la producida por la actividad misional generada en el territorio trasandino y en algunos viajes de exploración, destacándose los textos de Nicolás Mascardi, Ángel de Espiñeira, Bernardo Havestadt, Francisco Menéndez y el mismo Luis de la Cruz. Una importante información fue producida por las autoridades de Mendoza en la segunda mitad del siglo XVIII, vinculada a las relaciones con los pehuenches y sus conflictos con los huilliches, especialmente los escritos de Francisco de Amigorena y Francisco Esquivel Aldao.<sup>25</sup>

Sobre la base de esta información, con sus límites y carencias, se fueron reconstruyendo las estructuras básicas, el funcionamiento y las transformaciones del sistema económico indígena a lo largo del siglo XVIII (entre c. 1700-1820). Para el siglo anterior sólo podemos intuir los procesos, especialmente por las consecuencias visibles en el periodo siguiente.

Al respecto, resulta cada vez más claro que el largo contacto con la sociedad europea —colonial primero, criolla más tarde— transformó profundamente a las bandas de cazadores-recolectores que ocupaban el territorio en el momento del asentamiento de los castellanos en las costas del río de la Plata a fines del siglo XVI. La primera etapa, que abarca el siglo XVII y los comienzos del XVIII, se caracterizó para la sociedad indígena por relaciones relativamente pacíficas con la sociedad colonial rioplatense, la rápida adopción y asimilación a su vida cotidiana de los productos y hábitos de los cristianos, y el aprovecha-

---

de esta relación en Eduardo Bitlloch, *Tierra del Fuego en cuatro textos (del siglo XVIII al XX)*, Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, Buenos Aires, 1994, pp. 11-47. Una síntesis de estas exploraciones en el litoral patagónico, en Ramiro Martínez Sierra, *El mapa de las pampas*, s. e., Buenos Aires, 1975, vol. 1, pp. 123-269, y Argentina. Comando en jefe del Ejército, *Política seguida con el aborigen (1750-1819)*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1973, vol. 1, pp. 249-391. Sobre la expedición Malaspina, Marisa González Montero de Espinosa, *La ilustración y el hombre americano: descripciones etnológicas de la expedición Malaspina...*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1992, pp. 61-88.

<sup>24</sup> Sobre la entrada de Cabrera, Juan Francisco Giménez, "Encomenderos arruinados, incas fugitivos, beliches y corsarios holandeses. Los orígenes de la expedición en busca de los Césares de Jerónimo Luis de Cabrera (1620-1621)", *Anuario del IEHS*, núm. 13, 1998, Tandil, pp. 173-192.

<sup>25</sup> Un listado de entradas y exploraciones en el actual territorio neuquino en Juan Schobinger, "Conquistadores, misioneros y exploradores en el Neuquén. Antecedentes para el conocimiento etnográfico del noroeste patagónico", *RUNA. Archivo para las Ciencias del Hombre*, vol. IX, 1958-1959, Buenos Aires, pp. 107-123. Sobre la situación de la frontera de Cuyo en la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX, Argentina. Comando en Jefe del Ejército, *Política*, op. cit., vol. II, pp. 9-191. Se puede encontrar también abundante información sobre expediciones y entradas en Gregorio Álvarez, *Neuquén. Su historia. Su geografía. Su toponimia*, Editorial Pehuén, Neuquén, t. I, 1972.

miento del ganado salvaje o *cimarrón*. Se operó así un rápido paso de la caza pedestre de fauna autóctona a la caza ecuestre centrada cada vez más en animales de origen europeo, especialmente equino. Tradicionalmente se ha destacado, como señalamos, la importancia que tuvo la incorporación del caballo para las poblaciones indias, que habría modificado sus formas de vida para adaptarlas a las condiciones de la actividad ecuestre.

No hay duda de que el caballo tuvo una amplia aceptación entre los indígenas, quienes pronto lograron su completo dominio y lo utilizaban con gran habilidad y destreza.<sup>26</sup> Los equinos ampliaron la posibilidad de desplazamiento y de carga, modificaron las formas de obtener el alimento permitiendo la realización de grandes cacerías —las “boleadas”—, enriqueciendo la dieta<sup>27</sup> que proporcionó importantes materias primas a los artesanos, como el cuero, las cerdas y crines, los nervios y tendones y los huesos. El caballo se convirtió además en un preciado artículo de trueque y fue usado como medida de valor en los intercambios.

Pero es engañoso reducir la influencia europea al caballo. Ovejas y vacas, mulas y cabras tuvieron gran importancia económica y las primeras se convirtieron en un recurso esencial que proveía lana a las tejedoras indias.<sup>28</sup> También se incorporaron a la vida indígena las harinas obtenidas de cereales europeos, los instrumentos de hierro, los licores y aguardientes, el azúcar, y muchos adornos y prendas de vestir europeos. La yerba mate, originaria de la región de las misiones jesuíticas del Paraguay, fue otro producto introducido por los europeos entre las poblaciones indias que, rápidamente, se aficionaron a ella.

Empero, este proceso tuvo una consecuencia aún más importante que la simple incorporación de bienes. Muchos de esos artículos eran imposibles de conseguir o fabricar en territorio indio y sólo podían obtenerse mediante intercambios con los cristianos o, para aquellos grupos situados lejos de las fronteras, por trueque con otros indios que actuaban de intermediarios. Como resultado, una extensa red de circulación comenzó a vincular las distintas regiones del territorio indígena y a éste en su conjunto con las áreas controladas por los europeos, acentuando la dependencia de cada grupo respecto de los otros y de la sociedad blanca y estimulando entre los indígenas la obtención o producción de bienes estimados por los cristianos a fin de canjearlos en las fronteras. Al mismo tiempo, comenzaron a generarse profundos cambios sociales, políticos

<sup>26</sup> Véase Palermo, “Innovación”, *op. cit.*, pp. 49-58.

<sup>27</sup> El caballo, y especialmente las yeguas, se convirtió en el alimento predilecto del indio, pero además, gracias al caballo, los productos de la caza eran más fáciles de conseguir. En la caza y en la guerra, la boleadora y la lanza larga, de más de cuatro metros, reemplazaron casi totalmente al arco y la flecha, difíciles de utilizar desde un caballo al galope.

<sup>28</sup> Véase Palermo, “Innovación”, *op. cit.*, pp. 58-71; “El revés”, *op. cit.*



y demográficos todavía no totalmente evaluados, en tanto que los nuevos bienes adquirirían un alto valor simbólico.<sup>29</sup>

En este contexto, y a lo largo del siglo XVIII, la convergencia de un conjunto de factores creó nuevas condiciones que contribuyeron a cambiar las costumbres de los indios en la llanura rioplatense. En efecto, a la lenta extinción del ganado cimarrón que se verificó a lo largo del siglo, se unió el aumento de la demanda de ganado en los mercados transandinos alentada por la paz que se afirmaba en la frontera de la Araucanía.<sup>30</sup> Se planteaba así el problema de alimentar los circuitos ganaderos en consolidación, cuyo destino final eran tanto la sociedad colonial chilena como los grupos mapuches de la Araucanía, que vieron aumentar su población con el afianzamiento de la paz. La apropiación de ganado en las estancias fronterizas mediante incursiones rápidas y violentas —los malones— fue una respuesta, la más inmediata, a estas necesidades. Así, de “cazador de ganado”, el indio se convirtió en “comerciante, guerrero y maloquero”.<sup>31</sup>

Articulada con estos procesos, se consolidó una vasta y compleja red de circulación económica que se apoyó en la comercialización de ganado en gran escala —en menor medida sal y plumas de avestruz— en los mercados transandinos. Siguiendo en parte viejas vías de contacto prehispánicas,<sup>32</sup> la estructura

<sup>29</sup> Palermo, “Innovación”, *op. cit.*, pp. 84-85; Mandrini, “Transformaciones”, *op. cit.*, pp. 72-73, y “Algo más sobre la práctica del *suttee* entre los indígenas de las llanuras argentinas” en Alberto Rex González: *50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la antropología argentina*, Fundación Argentina de Antropología/Facultad de Filosofía y Letras-UBA, Buenos Aires, 1998, pp. 105-116. El caballo se incorporó a las costumbres y ceremonias indígenas: formaba parte importante de los pagos que se efectuaban para comprar esposas y en las compensaciones por homicidio y ocupaba un lugar destacado en ofrendas y sacrificios funerarios, ceremonias rituales y diversiones. Los licores y aguardientes de origen europeo desplazaron a la chicha nativa. Las chaquiras —cuentas de vidrio—, ciertas prendas europeas —las chupas y los sombreros— y espadas y bastones adquirieron gran valor como elementos de prestigio.

<sup>30</sup> Sobre la extinción del ganado salvaje, Raúl J. Mandrini, “Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense”, *Anuario del IEHS*, núm. 2, 1987, Tandil, p. 74; Leonardo León Solís, *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800*, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1991, pp. 27-31. Sobre la frontera de la Araucanía en el siglo XVIII, véase Sergio Villalobos R., “Guerra y paz en la Araucanía: periodificación” en Sergio Villalobos y Jorge Pinto R. (comps.), *Araucanía. Temas de historia fronteriza*, Universidad de la Frontera, Temuco (Chile), 1985, pp. 17-26, y “Tres siglos y medio de vida fronteriza” en Sergio Villalobos R. *et al.*, *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1982, pp. 11-64; Holdenis Casanova Guarda, *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII. Mito y realidad*, Universidad de la Frontera, Temuco, 1987; Patricia Cerdá-Hegerl, *Fronteras del Sur. La región del Bío Bío y la Araucanía chilena. 1604-1883*, Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín/Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, c. 1998, pp. 63-113; Leonardo León ha destacado la importancia de los mercados indígenas trasandinos para los ganados pampeanos, *op. cit.*, pp. 79-88. Para una síntesis de las transformaciones en el mundo mapuche, José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche (siglos XIX y XX)*, Ediciones Sur, Santiago de Chile, 1985, pp. 43-68.

<sup>31</sup> Leonardo León Solís, *op. cit.*, pp. 22-36.

<sup>32</sup> Juan de Garay encontró en 1582, entre indios de la costa atlántica bonaerense, tejidos de origen chileno (Juan de Garay “Carta al Consejo de Indias” en E. Ruiz Guiñazú, *Garay, op. cit.*, Municipalidad de la Capital Federal, Buenos Aires, 1915, pp. 87-88). La arqueología ha aportado materiales, fundamen-

de este circuito se desarrolló a lo largo del siglo XVII y se consolidó en el XV. A fines de éste, las principales rutas que conectaban la llanura con Chile central a través de los pasos andinos, estaban bien establecidas.<sup>33</sup>

La más conocida era la del río Negro, que tenía su punto de partida en las ricas tierras del suroeste bonaerense. A lo largo de ese río se desarrollaban además activos intercambios con los tehuelches meridionales, que durante el verano llegaban hasta allí desde sus lejanas tierras. Otra ruta, que correspondía a la que después se llamó “rastrillada de los chilenos”, atravesaba la actual provincia de La Pampa cerca de Salinas Grandes, conectada con el curso superior de los ríos Colorado y Neuquén; una tercera coincidía con el camino seguido en 1806 por Luis de la Cruz, atravesando el norte de Neuquén y dirigiéndose, a través del territorio ranquel, hacia el sur de Córdoba y Santa Fe.<sup>34</sup> Las dos últimas atravesaban el país de los pehuenches, cuya participación en ese comercio a distancia es bien conocida.<sup>35</sup> A estas grandes rutas se vinculaba una nutrida red de caminos menores que comunicaba cada asentamiento indígena con la red troncal. En este contexto, el control de aguadas, pasto y rutas pasó a ser la base sobre la cual se consolidó lentamente el poder de algunos jefes indios.

En síntesis, estas rutas conectaban la zona de pastizal —zona principal de abastecimiento del sistema—,<sup>36</sup> al oeste, con los valles cordilleranos, donde se

---

talmente cerámica, que documentan contactos tempranos con Chile que pueden remontarse a algunos siglos; Adán Hajduk, “Algunos antecedentes arqueológicos de los mapuche en la Argentina” en *Cultura mapuche en la Argentina*, Instituto Nacional de Antropología, Buenos Aires, 1981-1982, pp. 7-9; Mónica Berón, “Contacto, intercambio, relaciones interétnicas e implicancias arqueológicas”, ponencia presentada en III Jornadas de Arqueología Patagónica. Sesión de Comunicaciones, San Carlos de Bariloche, Argentina, 1996. Empero, el carácter de estos antiguos contactos entre indígenas de ambos lados de la cordillera cambió sustancialmente al enmarcarse dentro del desarrollo de un vasto circuito mercantil que englobaba ambas regiones.

<sup>33</sup> Mandrini, “Transformaciones”, *op. cit.*, pp. 51-54.

<sup>34</sup> La consolidación de estas rutas debió incidir en el desarrollo de núcleos de población estable en puntos estratégicos. Tapera Moreira, junto al río Curacó, provincia de La Pampa, parece ser uno: el material arqueológico recuperado lo muestra como un asentamiento relativamente estable, con alta densidad demográfica, al que confluían diferentes parcialidades o etnias, Berón y Migale, “Control”, *op. cit.*

<sup>35</sup> Raúl J. Mandrini, “La economía indígena pampeana (siglos XVIII-XIX): procesos de especialización regional. El caso del suroeste bonaerense”, *Boletín Americanista*, Universitat de Barcelona, núm. 41, 1991, Barcelona, pp. 121-123. Sobre pehuenches, Sergio Villalobos R., *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1989, pp. 78-80; Ana M. Biset y Gladys Varela, “Modelos de asentamiento y ocupación del espacio de la sociedad pehuenche del siglo XVIII: la cuenca del Curi Leuvu-provincia del Neuquén”, *Revista de Historia*, núm. 1, 1990, Santiago de Chile, pp. 17-25, y “El sitio arqueológico de Caepé Malal. Una contribución para el conocimiento de las sociedades indígenas del noroeste neuquino” en María T. Boschín (coord.), *Cuadernos de investigación: arqueología y etnohistoria de la Patagonia septentrional*, IEHS/UNCPBA, Tandil, 1991, pp. 18-35. Rafael Goñi describe un conjunto de recintos pircados en los valles de Huichol y Malleo que considera formaban parte de un sistema de control territorial vinculado al tráfico ganadero (“Sitios”, *op. cit.*; “Arqueología”, *op. cit.*). Estima que parte importante de esas estructuras corresponde al siglo XIX, aunque no todas estuvieron en uso al mismo tiempo; algunas podrían remontarse a la segunda mitad del siglo anterior.

<sup>36</sup> Se trata de las tierras del sur-suroeste bonaerense, específicamente las comprendidas entre las sierras de Tandil y Ventana, donde se desarrolló un modelo de economía pastoril especializada, estrecha-



realizaba la invernada y engorde del ganado antes de que atravesara la cordillera. En ambas zonas extremas del mundo indígena se operaron, justamente, los más intensos procesos de especialización económica. A las condiciones del medio —pastizal pampeano, valles de la cordillera— se unía la cercanía del mundo colonial. La vinculación con este último y la posibilidad de obtener de él productos agrícolas y manufacturas fueron condiciones esenciales para ese proceso de especialización.<sup>37</sup>

En efecto, este sistema de comercio a distancia se articulaba, tanto en el río de la Plata como en Chile, con un sistema de comercio fronterizo.<sup>38</sup> Durante el siglo XVIII se operó un incremento del comercio en las guardias de frontera y en la misma ciudad de Buenos Aires, actividad que se afianzó definitivamente a fines de ese siglo. Pequeñas partidas de indios cruzaban regularmente la frontera

---

mente vinculada a ese circuito mercantil a la que nos referiremos luego. La zona, incluida en la región pampeana propiamente dicha, o pampa húmeda, es en su casi totalidad una llanura apenas suavemente ondulada, interrumpida al sur por las sierras ya mencionadas, cuya altura apenas excede los 1 000 metros sobre el nivel del mar. El suelo está formado por sedimentos loesicos pardos o negros de gran potencia, con alto contenido de materia orgánica (“humus”) que se tornan arenosos hacia el oeste y el sur. El clima es templado/cálido y húmedo, con lluvias más intensas en primavera y otoño, y predominan la estepa o pseudoestepa de gramíneas, con varias y complejas comunidades, especialmente en el área serrana. Es el área más productiva de la región, capaz de concentrar densas poblaciones humanas y animales. Parece razonable que los grupos que habitaron el área se dedicaran a la explotación ganadera, complementada con caza, recolección de especies silvestres y comercio (Mandrini, “Desarrollo”, *op. cit.*, p. 79). Hacia el oeste, la llamada “pampa seca” o pampa occidental, con suelos más arenosos, lluvias insuficientes y vegetación xerofítica, con fuerte presencia de especies arbóreas del tipo *Prosopis*, especialmente caldén, conforma un ambiente de mayor riesgo y con menor capacidad para sostener una biomasa animal densa. Ello derivó, por parte de los indígenas, en un modelo de subsistencia mucho más diversificado y flexible que incluyó, además de pastoreo en distintas escalas, caza, recolección y cultivo (Mandrini, “¿Sólo?”, *op. cit.*; Bayón, “Sociedades”, *op. cit.*).

<sup>37</sup> Los estudios realizados sobre sociedades pastoriles, especialmente en el centro de Asia, revelaron el carácter altamente especializado de sus economías y su estrecha relación y dependencia de los núcleos de agricultores y de las ciudades que las proveen de granos y de algunos productos manufacturados esenciales (Mandrini, “Procesos”, *op. cit.*, pp. 114, 123 y 129; una síntesis en Marshall Sahlins, *Las sociedades tribales*, Labor, Barcelona, 1972, pp. 56-66). Tales relaciones pueden ser de carácter pacífico —especialmente comercio— o guerrero —robos y ataques para obtener botín. Una situación distinta se habría producido en algunas comunidades pastoriles del África oriental que aparecen vinculadas a grupos de cazadores-recolectores (Fiona Marshall, “Origins of specialized pastoral production in east Africa”, *American Anthropologist*, vol. 92, núm. 4, 1990, pp. 873-894).

<sup>38</sup> Esta interpretación adquiere mayor coherencia frente a la nueva visión del mundo rural colonial en el siglo XVIII. Más allá de las polémicas que el tema provocó, queda claro que la economía rural bonaerense fue más compleja y diversificada de lo que se pensaba y que la agricultura desempeñó en ese contexto un papel significativo, con un peso destacado de las pequeñas y medianas explotaciones. Véase Juan C. Garavaglia, “Economic growth and regional differentiation: the river Plate region at the end of the eighteenth century”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 65, núm. 1, 1985, pp. 51-89, y “Producción cerealera y producción ganadera en la campaña porteña: 1700-1820” en Juan C. Garavaglia y Jorge Gelman, *El mundo rural rioplatense a fines de la época colonial: estudios sobre producción y mano de obra*, Fundación Simón Rodríguez/Biblos, Buenos Aires, 1989, pp. 7-42; Jorge Gelman, “Nuevas imágenes de un mundo rural. La campaña rioplatense antes de 1810”, *Ciencia Hoy*, vol. 1, núm. 4, 1990, Buenos Aires, pp. 56-61. Así, los campos de competencia con una economía indígena pastoril eran más reducidos, siendo más lógicas las relaciones de complementariedad.



para ir a vender en la ciudad los excedentes de su economía: pieles y cueros, artículos de talabartería, tejidos, plumas de avestruz y sal; paralelamente, mercachifles blancos se aventuraban hasta las tolderías para realizar sus negocios. En el sur, Carmen de Patagones, fundada hacia 1780, se convirtió en otro activo centro de intercambios con los indígenas.<sup>39</sup> No menos importante era, en la zona cordillerana y en Chile, el comercio que pehuenches y araucanos mantenían con la sociedad colonial chilena. En el caso de Chile, tales intercambios se vieron favorecidos por la relativa paz que, como señalamos, se afirmó en ese siglo.

Esa creciente dependencia de los bienes europeos y el incremento del comercio explican la importancia de la producción de bienes de cambio —como la producción talabartera y textil— y los procesos de especialización económica allí donde existían —o podían producirse— recursos o bienes valiosos para los circuitos mercantiles, como ocurre, por ejemplo, con la sal. Las políticas de los jefes indios se orientaron a asegurar el abastecimiento de la red mercantil ganadera de que dependía su prosperidad y riqueza, y a garantizar la afluencia de bienes europeos, cada vez más necesarios para la economía indígena.

En este contexto, se produjo en el centro-sur bonaerense, favorecido por las excepcionales condiciones del medio, un proceso de especialización económica orientado a una intensa actividad pastoril volcada a alimentar los circuitos mercantiles a distancia. La conformación de este núcleo pastoril se remonta al menos a mediados del siglo XVIII,<sup>40</sup> cuando la zona era ya foco de atracción para los indios por su riqueza ganadera, y los misioneros jesuitas que actuaron allí reconocieron sus óptimas condiciones para el pastoreo y señalaron la presencia de indios llegados de muy lejos. La información es más abundante en décadas posteriores. En 1781, Pablo Zizur hace explícita referencia a la riqueza ganadera del cacique Lorenzo, cuyas tolderías se encontraban al norte de la sierra de la Ventana, y el piloto Basilio Villarino registró en 1782, al explorar los ríos Negro y Limay, datos precisos sobre las rutas y el origen de los ganados que alimentaban el comercio con Chile. A comienzos del siglo XIX, Luis de la Cruz observó, en su viaje desde Chile, grupos de indios que se dirigían a la cordillera con haciendas provenientes de las tierras bonaerenses.

Pero es Pedro Andrés García, que visitó la región vecina a la sierra de la Ventana a comienzos de la década de 1820, quien aporta la información más rica y completa sobre ese núcleo ganadero consolidado. Su relato, corroborado

<sup>39</sup> Mandrini, "Procesos", *op. cit.* pp. 123-129; "Transformaciones", *op. cit.*, pp. 63-72; Palermo, "Indígenas en el mercado colonial", *Ciencia Hoy*, vol. 1, núm. 4, 1989, Buenos Aires, pp. 22-26.

<sup>40</sup> He dedicado a la descripción de ese núcleo varios artículos, en los que pueden encontrarse referencias particularizadas a las fuentes. Véase, especialmente, Mandrini, "Desarrollo", *op. cit.*, pp. 81-85; "Procesos de especialización regional", *op. cit.*, pp. 117-120; "Transformaciones", *op. cit.*, pp. 58-62. También, Schindler, *op. cit.*



por el de su contemporáneo William Yates, testimonia con claridad que las poblaciones que ocupaban el área interserrana bonaerense, habían desarrollado una economía pastoril altamente especializada y vinculada a un vasto circuito mercantil.

Resulta evidente, con base en estas informaciones, que el ganado indio a que se refieren, en el que las ovejas ocupaban un lugar de importancia, no era ya cimarrón, sino que se trataba de rodeos cuidados y controlados que pastaban cerca de las tolderías y a los cuales los indígenas prestaban especial atención y trataban de poner a salvo ante cualquier amenaza de ataque de los blancos, arreándolos hacia el interior del territorio, a zonas que consideraban seguras.

Además, si las referencias a la cantidad y calidad del ganado y a las óptimas condiciones para el pastoreo son ya notables, la información disponible demuestra que ese desarrollo pastoril se apoyó en el uso de una tecnología pecuaria relativamente compleja para la región y la época. En este aspecto, y en forma consistente con la documentación escrita, la investigación arqueológica, incipiente todavía para este periodo, señala la utilización por parte de los indígenas de un conjunto de técnicas destinadas a la concentración, custodia y engorde del ganado (uso de potreros en mesetas y valles interserranos; construcciones de piedra destinadas a hacer esos sitios más seguros y fáciles de vigilar).

En este contexto, la movilidad de los grupos indios debió ajustarse a un patrón característico. Los datos son escasos, pero no parece haber dudas acerca de que esa movilidad estaba determinada por la necesidad de agua y pastos, cuya abundancia o carencia dependía de la estación y de lo que parecen haber sido ciclos recurrentes de periodos lluviosos y secos. Las tolderías se establecían a lo largo de los arroyos que bajaban de la sierra o junto a las lagunas, pero éstas solían secarse en las épocas de sequía, obligando a periódicos movimientos. Durante el verano, los grupos se movían de los llanos hacia las laderas y valles serranos, más frescos y con buenas aguadas.<sup>41</sup>

En resumen, un doble circuito de desplazamientos parece haber tenido lugar entre grupos indios: uno, más frecuente y de menos alcance, era el traslado entre lagunas y arroyos; el otro, ajustado al ritmo estacional, el movimiento entre la llanura y los faldeos y valles serranos. Deben agregarse los movimientos

<sup>41</sup> Un segundo núcleo de economía pastoril se desarrolló entre los pehuenches cordilleranos quienes, intermediarios en el tránsito a Chile, realizaban labores de descanso y engorde de los ganados que llegaban desde el extremo de la pampa. Las fuentes atestiguan la importancia de esos ganados (véase Villalobos R., *Pehuenches*, *op. cit.*, pp. 78-79) y se refieren a la organización de su vida en un ciclo anual determinado por la búsqueda de aguadas y pasturas (Biset y Varela, "El sitio", *op. cit.*, p. 31). Con datos de las fuentes y sus propias observaciones en campo, Biset y Varela profundizaron el análisis para la cuenca del río Curí Leuvú, donde el modelo de asentamiento y de ocupación del espacio aparece determinado por las necesidades del pastoreo y la utilización de los potreros de invernada y veranada (Biset y Varela, "Modelos", *op. cit.*).

provocados por las expediciones punitivas ordenadas por las autoridades coloniales, que obligaban a los indígenas a llevar sus ganados más allá de las sierras.<sup>42</sup>

Tal especialización económica se vio favorecida, y fue posible, por el fortalecimiento de las relaciones con la sociedad colonial del río de la Plata. Así, el desarrollo de una economía pastoril especializada y el establecimiento de un sistema de relaciones pacíficas con la sociedad blanca hacia fines del siglo XVIII, fueron las respuestas más eficaces de los indígenas del centro-sur bonaerense frente a las peculiares condiciones de su desarrollo. Aquí, el indio se convirtió en “pastor y comerciante”, aunque sin dejar totalmente de ser guerrero si las circunstancias lo requerían.

Esta especialización de la economía indígena convino también a la economía colonial a la que proporcionaba productos que le eran necesarios —ganado y sal en Chile, tejidos, cueros y sal en Buenos Aires, ganado en Carmen de Patagones— convirtiendo al mismo tiempo a la sociedad indígena en un atractivo mercado para los comerciantes blancos. Por otro lado, como señalamos, el carácter de la economía rural colonial bonaerense favorecía esas relaciones de complementariedad. Justamente, el factor decisivo en la ruptura de tal esquema de relaciones hacia 1820 tendría que ver con cambios en la economía porteña, reorientada ahora hacia una ganadería extensiva. En ese contexto, se dio la expansión de las fronteras a comienzos de la década de 1820. Empujados por el avance criollo, los indios se replegaron hacia el interior de las pampas, perdiendo esas ricas tierras de pastoreo: la competencia con los blancos por tierras y ganado se hizo, desde entonces, cada vez más dura y violenta.

La existencia de un núcleo pastoril de estas características obliga también a modificar la idea, fuertemente arraigada en muchos estudios históricos, de la frontera como un “espacio vacío”. Antes del avance de las fronteras provinciales, el centro-sur bonaerense estaba densamente poblado, y varias décadas de intensa actividad pastoril debieron tener su incidencia en el medio ambiente provocando alteraciones en el ecosistema (tipo de pastos, composición orgánica de los suelos). En síntesis, las tierras ocupadas a partir de 1820 no eran ni “vírgenes” ni “desiertas”, como gustó de llamarlas la historiografía tradicional, ni los indígenas que las poblaban estaban separados y aislados del mundo colonial.

Tandil, octubre de 1999

<sup>42</sup> Sobre movilidad, tipos de asentamiento y territorialidad, véase Lidia R. Nacuzzi, *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*, Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires, 1998, pp. 203-208.



APÉNDICE

Listado de fuentes editadas referidas en el texto.

- AZARA, FÉLIX DE, *Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes*. Con apuntes biobibliográficos de Julio César González, Bajel, Buenos Aires, 1943.
- CARDIEL S. J., JOSÉ, *Diario del viaje y misión al río del Sauce, realizado en 1748...*, precedido de un estudio biográfico del autor del P. Guillermo Furlong Cardiff S. J., y de una introducción, análisis crítico y notas de Félix Outes, Coni, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Geográficas de la Facultad de Filosofía y Letras. Serie A. Memorias originales y documentos, núm. 13, Buenos Aires, 1930.
- “Carta y relación de las misiones de la provincia del Paraguay (1747)” en Guillermo Furlong S. J., José Cardiel S. J., *Carta-Relación (1747)*, Librería del Plata, Buenos Aires, 1953, pp. 115-213.
- CRUZ, LUIS DE LA, *Viaje a su costa, del alcalde provincial del muy ilustre Cabildo de la Concepción de Chile, desde el fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1835 (Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata). Ilustrados con notas y disertaciones por Pedro de Angelis [en adelante COD] t. I).
- Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes, poseídos por los pehuenches; y los demas espacios hasta el río de Chadileubu, reconocidos por...*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1835 (COD, t. I).
- ESPIÑEIRA, FRAY ÁNGEL DE, “Relación del viaje y misión a los pehuenches, 1758” en Jorge Pinto Rodríguez y otros, *Misioneros en la Araucanía. 1600-1900. Un capítulo de historia fronteriza en Chile*, Universidad de la Frontera, Temuco-Chile, 1988, pp. 233-249.
- ESQUIVEL ALDAO, FRANCISCO, “Relación diaria de la expedición que de orden del señor marqués de Sobremonte se hizo de la ciudad de Mendoza... en auxilio de los indios pehuenches nuestros amigos, contra las naciones bárbaras del sur [en 1788]”, *Revista de la Junta de Estudios históricos de Mendoza*, t. VIII (1931), 1937, Mendoza, pp. 318-329.
- FALKNER, TOMAS, *A description of Patagonia, and the adjoining parts of South America: containing and account of the soil, produce, animals, vales, mountains, rivers, lakes &c. of those countries; the religion, goverment, policy, customs, dress, arms, and language of the indian inhabitants*, C. Puch, Hereford, 1774.
- GARCÍA, PEDRO ANDRÉS, *Diario de un viaje a Salinas Grandes, en los campos del Sud de Buenos Aires*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1836 (COD. t. III).
- \_\_\_\_\_, *Diario de la expedicion de 1822 a los campos del Sud de Buenos Aires, desde Morón hasta la sierra de la Ventana*, Imprenta del Estado, Buenos-Aires, 1836 (COD. t. IV).
- HAVESTADT, P. BERNARDO, “Mapa geográfico y diario...” [1751-1752] en Jorge Pinto Rodríguez y otros, *Araucanía. Temas de historia fronteriza*, Universidad de la Frontera, Temuco-Chile, 1988, pp. 255-282.
- HERNÁNDEZ, JUAN ANTONIO, “Diario que el capitán D. ... ha hecho, de la expedición contra los indios Teguelches, en el gobierno del señor D. Juan José de Vértiz, gobernador y capitán general de estas provincias del Río de la Plata, en 1º de octubre de 1770” en *Colección de viajes y expediciones a los campos de Buenos-Aires y a las costas de Patagonia*, Buenos-Aires, Imprenta del Estado, 1837 (COD, t. V), pp. 34-60.
- MARIÑO DE LOVERA, PEDRO, *Crónica del reino de Chile*, Imprenta del Ferrocarril, Santiago

- de Chile, 1865 (Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional, t. IV).
- MASCARDI, S. J., NICOLÁS, "Carta y relación..." en Guillermo Furlong, S.J., *Nicolás Mascardi S. J. y su "Carta-Relación" (1670)*, 2a. ed., Ediciones Theoría, Buenos Aires, 1994, pp. 117-132.
- MENÉNDEZ, FRAY FRANCISCO, *Viajes de... a la Cordillera*, publicados y comentados por Francisco Fonck, C. Niemeyer, Valparaíso, 1896.
- , *Viajes de... a Nahuelhuapi*, publicados y comentados por Francisco Fonck, C. Niemeyer, Valparaíso, 1900.
- MILLAU, FRANCISCO, *Descripción de la provincia del Río de la Plata (1772)*, edición de Richard Konetzke, Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires-México, 1947.
- PABÓN, PEDRO PABLO, "Diario de D. ... que contiene la explicación exacta de los rumbos, distancias, pastos, bañados y demás particularidades que hemos hallado en el reconocimiento del campo y sierras; comisionados por orden del Ilmo. Cabildo del puerto de la Santísima Trinidad de Buenos-Aires, en 12 de octubre de 1772" en *Colección de viajes y expediciones a los campos de Buenos-Aires y a las costas de Patagonia*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1837 (COD, t. V), pp. 60-72.
- SÁNCHEZ LABRADOR, JOSÉ, *Los indios pampas, puelches y patagones...*, monografía inédita, prologada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff S. J., Viau y Zona, Buenos Aires, 1936.
- SANFELIÚ ORTIZ, LORENZO, *62 meses a bordo: la expedición Malaspina según el diario del teniente de navío don Antonio de Tova Arredondo, 2º comandante de La Atrevida 1789-1794*, Editorial Naval, Madrid, 1945.
- VIANA, JAVIER DE, *Diario del viaje explorador de las corbetas españolas "Descubierta" y "Atrevida", en los años 1789 a 1794...* Imprenta del Ejército, Cerrito de la Victoria, 1849.
- VIEDMA, ANTONIO DE, *Diario de un viaje a la costa de Patagonia para reconocer los puntos en donde establecer poblaciones, por D. ... Con una descripción de la naturaleza de los terrenos, de sus producciones y habitantes; desde el puerto de Santa Elena hasta el estrecho de Magallanes*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1837 (COD, t. VI).
- VIEDMA, FRANCISCO DE, *Memoria dirigida al Sr. marqués de Loreto, virrey y capitán general de las Provincias del Río de la Plata, sobre los obstáculos que han encontrado y las ventajas que prometen los establecimientos proyectados en la costa patagónica, por D. ... [1784]* Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1836 (COD, t. I).
- , "[Carta ... al virrey Vértiz del 4 de junio de 1779, relativa a la exploración del río Negro]", *Revista de la Biblioteca Nacional*, tomo II, núm. 7, 1938, Buenos Aires, pp. 401-416.
- VILLARINO, BASILIO, *Diario del piloto de la Real Armada, D. ..., del reconocimiento que hizo del río Negro, en la costa oriental de Patagonia, el año de 1782*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1837 (COD, t. VI).
- VIVAR, GERÓNIMO DE, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile (1558)*, edición de Leopoldo Sáez-Godoy, Colloquium Ed., Berlín, 1979.
- WALCKENAER, C. A., *Viajes por la América meridional. Contiene la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del Río de la Plata*, edición revisada por J. Dantín Cereceda, Espasa-Calpe, Madrid, 1969.
- \* YATES, WILLIAM, *José Miguel Carrera. 1820-1821*, traducción, prólogo y notas de José Luis Busaniche, Solar, Buenos Aires, 1941.
- ZIZUR, PABLO, "Diario de Zizur" [editado por Milcíades A. Vignati] *Revista del Archivo General de la Nación*, año III, núm. 3, 1973, Buenos Aires, pp. 67-115.